

Paulo
Coelho

Las Valkirias

Grijalbo

Prólogo

J. y yo nos juntamos a cenar en una playa de Copacabana, Río de Janeiro. Con toda la alegría y el entusiasmo de un escritor que estaba publicando su segundo libro, le entregué un ejemplar de *El Alquimista*. Le expliqué que el libro estaba dedicado a él, que era mi forma de agradecerle todo lo que había aprendido a lo largo de nuestros seis años de convivencia.

Dos días después lo acompañé al aeropuerto. Él ya había leído parte del original, y me llamó la atención algo que dijo: "Todo lo que ocurre una vez, puede no volver a suceder jamás. Pero todo lo que ocurre dos veces, terminará sucediendo una tercera". Le pregunté qué quería decir con eso. Me explicó que ya había tenido dos oportunidades de vivir mi sueño, y que había terminado destruyéndolo. Citó parte de un poema de Óscar Wilde:

*Destruimos siempre aquello que más amamos
en campo abierto, o en una emboscada;
algunos con la ligereza del cariño
otros con la dureza de la palabra;*

*los cobardes destruyen con un beso,
los valientes destruyen con la espada.**

Le pregunté lo que quería decir con eso. J. me sugirió hacer los "Ejercicios espirituales" de san Ignacio de Loyola en un lugar aislado, ya que el éxito llena a las personas de culpa y alegría al mismo tiempo, y yo debía estar preparado para lo que me ocurriría a partir de entonces.

Fue cuando yo dije que uno de mis sueños era pasar 40 días en un desierto, y él pensó que era una excelente idea. Sugirió que fuera a Mojave, en los Estados Unidos, donde conocía a una persona que podría ayudarme a aceptar lo que amo: mi trabajo.

El resultado de esa vivencia está en *Las Valkirias*. Los eventos narrados en este libro ocurrieron entre los días 5 de septiembre y 17 de octubre de 1988. He cambiado el orden de algunos pasajes, y utilicé la ficción en dos ocasiones, sólo para que el lector pudiera comprender mejor los temas que se tratan, pero todos los hechos esenciales son verdaderos. La carta citada en el epílogo del libro está registrada en el Archivo de Títulos y Documentos de Río de Janeiro, con el número 478038.

Las Valkirias

Había estado conduciendo durante casi seis horas. Por enésima vez, preguntó a la mujer a su lado si aquél era el camino correcto.

Por enésima vez, ella consultó el mapa. Sí, era el camino correcto. Aun cuando alrededor todo fuera verde, con un bello río fluyendo y árboles a cada lado de la carretera.

—Sería mejor detenernos en una gasolinera y preguntar —dijo ella.

Siguieron adelante sin conversar, escuchando antiguas canciones en una estación de radio. Chris sabía que no era necesario parar en la estación de gasolina, porque iban por buen rumbo —aunque el escenario a su alrededor les mostrara un paisaje completamente diferente—. Pero conocía bien a su marido: Paulo estaba tenso, desconfiado, pensando que ella estaba leyendo el mapa de manera equivocada. Estaría más tranquilo si le preguntara a alguien.

—¿Por qué vinimos acá?

—Para que yo pueda cumplir con mi tarea —respondió él.

—Extraña tarea —dijo ella.

“Realmente muy extraña”, pensó él.

Hablar con su ángel de la guarda.

—TÚ VAS A CONVERSAR con tu ángel —dijo ella después de algún tiempo

—. Pero ya que estamos en eso, ¿qué tal si conversas un poco conmigo?

Él continuó callado, concentrado en la carretera, posiblemente creyendo que ella había equivocado el camino. "De nada sirve insistir", pensó ella. Rogó para que pronto apareciera una gasolinera. Habían salido directo del aeropuerto de Los Ángeles a la carretera. Ella tenía miedo de que Paulo estuviese demasiado cansado y cabeceara en el volante.

Y el maldito lugar no llegaba nunca.

"Debí haberme casado con un ingeniero", se dijo a sí misma.

Nunca se acostumbraría a aquello: dejar todo de repente para ir en pos de caminos sagrados, espadas, conversaciones con ángeles; hacer todo lo posible por seguir adelante en el camino de la magia. "Él siempre tuvo la costumbre de abandonar todo, incluso antes de encontrar a J."

Recordó el día en que salieron juntos por primera vez. Se habían ido casi de inmediato a la cama, y en una semana ella ya había llevado su mesa de trabajo al departamento de él. Los amigos comunes opinaban que Paulo era un brujo, y cierta noche Chris telefoneó al pastor de la iglesia protestante que frecuentaba, pidiéndole que rezara por ella.

Sin embargo, durante el primer año él no habló de magia ni una sola vez. Trabajaba en un estudio de grabación, y eso era todo.

Al año siguiente, la vida continuó en la misma forma. Él renunció y entró a trabajar en otro estudio de grabación.

Al tercer año él volvió a renunciar (¡qué manía de dejarlo todo!) y decidió escribir guiones para la televisión. Ella pensaba que aquello era extraño, cambiar de empleo cada año; pero él escribía, ganaba dinero y vivían bien.

Hasta que, al final del tercer año, resolvió —otra vez— dejar su